

## Primera parte: una cultura en mutación

El período greco-romano y las variedades de judaísmo

Bernardo Sorj

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SORJ, B. El período greco-romano y las variedades de judaísmo. In: *Judaísmo para todos* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2011, pp. 12-16. ISBN: 978-85-7982-056-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

## EL PERÍODO GRECO-ROMANO Y LAS VARIEDADES DE JUDAÍSMO

El pequeño espacio territorial y la aridez de la tierra de Israel hicieron con que parte de su población emigrase desde temprano, a lo que se agrega el exilio de las elites en Babilonia, después de la destrucción del primer Templo, ciudad que se transformará en un gran centro cultural judaico durante un milenio. De esta forma, antes de la destrucción del segundo Templo (70 D. C.) buena parte de los judíos ya vivía fuera de la tierra de Israel, cuya población fue radicalmente diezmada solamente después del levantamiento contra Adriano (132-135 D. C.). Señal de la importancia de la diáspora en la época de la destrucción del segundo Templo es el relato del historiador judío-romano Flavio Josefo sobre las expectativas de los grupos que se levantaron contra el imperio romano de que los judíos de la diáspora enviarían armas y apoyo.

Como indica Martin Buber en su libro *Moisés*, la característica central del judaísmo es la de ser un pueblo errante, absorbiendo constantemente elementos de la cultura exterior. Las influencias externas, al mismo tiempo que modifican la cultura judía, son transformadas, en el proceso de asimilación, dándoles nuevos significados. Buber muestra que prácticamente todos los elementos que están en la Biblia, comenzando por la lengua y escritura, se nutren de las culturas del Oriente Medio, de donde habrían sido tomados por los hebreos. Buber indica que la única contribución original del judaísmo bíblico habría sido la creación del sábado como día de descanso (que ya existía como día sagrado en Babilonia, pero celebrado con ritos de auto-punición y expiación).

La absorción de elementos de la cultura externa es un proceso lento que va permeando costumbres y actitudes cotidianas. Pero son las elites, responsables por la elaboración y codificación de la versión “oficial”, quienes viven estas influencias externas como problemas que exigen respuestas intelectualizadas. Las diferentes interpretaciones generan guerras culturales en torno de cuál sea la “verdadera” tradición.

Las influencias externas son vividas de forma más dramática en contextos de apertura cultural, como son los tiempos modernos y como fue el período greco-romano. En los períodos en que la cultura externa se busca

imponer por la fuerza o aislar la cultura dominada, es más simple cerrarse sobre sí mismo y mantener la tradición heredada. Pero cuando las influencias externas se dan a través de ejemplos y argumentos, la tradición entra en crisis y las elites se dividen sobre cómo integrar los nuevos aires del mundo.

Aunque toda comparación entre períodos históricos tenga sus obvias limitaciones, pues la historia nunca se repite, el período greco-romano tiene importantes similitudes con los tiempos modernos. Podríamos decir que fue la primera experiencia de “globalización” cultural, iniciada por Alejandro de Macedonia y consolidada por los siglos de Pax Romana. Hasta que el poder imperial romano transforma el cristianismo en religión de estado se constituyó un espacio que incluía todo el Mediterráneo y Oriente Medio, donde convivían, interactuaban e inter-influenciaban las más diversas tradiciones culturales, bajo la égida del helenismo. El resultado de esta experiencia fue el surgimiento de nuevas versiones sincréticas de viejas culturas y religiones, inclusive del judaísmo, y el surgimiento de nuevas religiones a partir de viejas culturas, como fue el cristianismo.

La cultura greco-romana se apoyaba en la filosofía griega y en el politeísmo abierto a las más diversas religiones y creencias, teniendo como epicentro la *Polys*. En ella se encontraban el *lyceum*, el teatro, el circo, el *gymnasium* y los baños, que irradiaban valores culturales y un estilo de vida. Estas influencias penetraron el judaísmo que se dividió en diferentes corrientes que se enfrentaban como partidos y movimientos sociales en el interior de la misma tradición.

Cada corriente dentro del judaísmo desarrolló su propia versión sincrética de la tradición bíblica, integrando las nuevas creencias y discursos de la época. Pero, no sólo el judaísmo se modificó, como también influyó la vida cultural del imperio romano. El judaísmo era, en la época, extremadamente exitoso en términos de proselitismo. Se calcula que en el imperio romano, en el período del segundo Templo, entre 5 y 10% de la población libre era judía o judaizante (personas identificadas con el judaísmo, pero que sólo circuncidaban sus hijos).

Con las conquistas de Alejandro Magno, la influencia helénica llegó a las elites de Jerusalén. El libro de los Macabeos menciona la apertura de un *gymnasium* por el sumo sacerdote. Pero, cuando en el año 167 A. C. el Rey Seleucida (una de las tres dinastías en que se dividió el imperio de Alejandro),

Antíoco IV, comienza a perseguir la práctica del judaísmo e impone el culto de Zeus en el Templo de Jerusalén, explota una revuelta armada.

La revuelta, dirigida por el sacerdote Matatías y sus hijos de la familia de los Jashmonaím (conocidos como los Macabeos, por el nombre del principal líder, Judas Macabeo), derrota Antíoco y retoma Jerusalén y el Templo. El triunfo Macabeo fue posible por el declive interno del Imperio Seleucida y el vacío geopolítico de la región por los problemas que pasaban los otros reinos vecinos.

La victoria macabea dará lugar a la fiesta de Januka, donde se conmemora el milagro de una pequeña cantidad de óleo consagrado lograr iluminar durante ocho días la llama eterna del templo recién reconquistado. El símbolo de la fiesta es la Janukia (candelabro de ocho brazos), que junto con la Menorah de siete brazos, localizada en el templo, constituyen los principales símbolos judaicos, ya que la estrella de David sólo en época relativamente reciente fue asociada al judaísmo.

Los reyes macabeos (140 A. C. a 37 A. C.) conquistan nuevos territorios y convierten los pueblos sometidos, pero la expansión se detiene en las fronteras bíblicas correspondientes al reino de Israel en la época de Salomón. La dinastía Macabea rápidamente comienza a ser influida por la cultura helénica, y los últimos reyes asumen nombres griegos. Finalmente son derrotados por la nueva potencia del mundo mediterráneo, Roma, que pondrá fin, durante dos mil años, a la autonomía política de los judíos en la tierra de Israel.

En el reino Macabeo, y aún más en el período romano, las divisiones internas de Israel se multiplican. De acuerdo con Flavio Josefo, la intervención romana inclusive habría sido solicitada por judíos disidentes, insatisfechos con la helenización de los reyes macabeos. La principal división interna, en el período greco-romano, era entre Saduceos y Fariseos, que, en líneas generales, estaban asociados respectivamente a los sacerdotes y a las clases medias urbanas. Ambos compartían el desprecio por el pueblo campesino inculto (los *am aharetz* – literalmente pueblo de la tierra). Los Saduceos seguían la Biblia al pie de la letra, en tanto los Fariseos, fundadores del judaísmo rabínico que, como veremos, dará lugar al Talmud, apoyaban interpretaciones que iban mucho más allá de la versión literal del texto. Así, por ejemplo, los Saduceos apoyaban la aplicación de la Ley de Talión (ojo por ojo), en tanto los Fariseos proponían puniciones alternativas.

La lucha por la legitimidad de cada corriente se dio inicialmente en el interior del *Sanhedrin* (la suprema corte de justicia, dominada en el período Macabeo por los sacerdotes, pero de la cual también participaban sabios fariseos). Con el fin del segundo Templo, los Saduceos desaparecieron, y el Sanhedrin pasó a ser controlado por los Fariseos. A pesar de que los Saduceos (de los cuales sabemos poco y por fuentes que no les son favorables) tenían simpatía por el mundo helénico, se oponían a la creencia en la inmortalidad del alma individual y en la existencia de otro mundo, – nociones que se habían popularizado por influencia externa, pero que no se sustentaban en el texto bíblico. Los Fariseos, por otro lado, aceptaron estas creencias y las integraron en el judaísmo, tornándose un componente central de la tradición talmúdica, que será discutida en el próximo capítulo.

Estas grandes corrientes coexistían con varias sectas, en general con características ascetas, como la de los Esenios, y con grupos nacionalistas militantes, en particular la de los Zelotes y los Sicarios, que lideraron el levantamiento contra Roma que culminó con la destrucción del segundo Templo.

Junto con estos grupos organizados, generalmente de origen urbano y cultos, la población pobre y no erudita (los *am aharetz*, “gente de la tierra”), sufriendo penurias y sofocada por los impuestos pagados a Roma, era constantemente movilizada por líderes carismáticos que se apoyaban en la esperanzas mesiánicas y en los vientos apocalípticos y místicos que asolaban la región. Uno de estos movimientos, parte del paisaje pluralista del judaísmo de la época, eran los cristianos, o Nazarenos, seguidores de Jesús de Nazaret.

La separación de los seguidores del Nazareno del judaísmo fue un proceso largo y complejo, en el cual Pablo tuvo un papel central. El alejamiento fue tanto práctico como teológico. Aún así el nuevo testamento mantiene la tradición farisea de legitimar su narrativa sustentándola en trechos del texto bíblico. Desde punto de vista práctico, el rompimiento se dio, de acuerdo con el Nuevo Testamento, en el Concilio de Jerusalén, cuando triunfa la posición de que los nuevos convertidos al cristianismo no deberían ser circuncidados. Desde el punto de vista teológico, en un proceso que se prolongará por siglos, el cristianismo integró componentes helénicos, gnósticos y zoroastras, enfatizando la lucha entre el bien y el mal, entre la

carne y el espíritu, y sustituyendo la visión mesiánica judaica como redención colectiva por la salvación individual.

Durante el período greco-romano, el judaísmo desarrolló instituciones que representaban una alternativa al *lyceum*, como el *Bet Kneset* (literalmente casa de reunión, la sinagoga) y la *Bet Midrash* (literalmente casa de interpretación, el local de estudios). Aunque no exista información suficiente sobre sus formas iniciales, aparentemente el *Bet Kneset* surgió en el exilio babilónico, funcionando como sustituto del Templo. Era un local de oraciones, donde la Torah era leída los sábados, pero, como su nombre indica, era también un espacio de reunión. El *Bet Midrash* surgió en el período inmediatamente posterior a la destrucción del segundo Templo, como local de estudio e interpretación de la Biblia, y se transformó en el centro de producción de conocimiento y de formación de rabinos.

No sólo en Israel la influencia del mundo helénico modificó la visión de los judíos sobre sí mismos. En la diáspora, Filón de Alejandría, ciudad egipcia donde existía una gran comunidad judía, hizo una lectura de la Biblia a la luz de la filosofía griega, en particular del estoicismo. De la misma forma que los Fariseos, él valoró la interpretación frente al sentido literal del texto. Sólo que su interpretación de la Biblia siguió un camino distinto. Para Filón, Dios usó alegorías para comunicarse con los humanos y argumentó que estas alegorías pueden ser elaboradas dentro de las categorías de la filosofía griega.

El mundo greco-romano fue un mundo culturalmente abierto, que favoreció la diversidad, inclusive dentro del judaísmo, donde cada corriente combatía y/o interactuaba de forma abierta con las otras, influenciándose mutuamente. La tolerancia con la diversidad religiosa sólo acabó cuando el imperio romano abrazó el cristianismo. Pero a esa altura, el fariseísmo ya había avanzado mucho en la consolidación de la tradición que será dominante en el pueblo judío hasta la llegada de la modernidad, el judaísmo talmúdico.